

HISTORIA Y COMPLEJIDAD. LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE*

Beatriz Figallo** y Josefa García de Ceretto***

1. Introducción

Transitar por el campo del conocimiento que se denomina la "Historia del tiempo presente" implica reflexionar sobre algunos criterios y razones teóricas, empíricas y metodológicas, y situarlo dentro de nuevos paradigmas. Presupone por un lado dotar de significatividad e intencionalidad a la trama paradigma-epistemología-historia, y por otro, procurar la delimitación y el establecimiento del estatuto epistemológico del conocimiento de la Historia como ciencia del presente. Este abordaje pretende fortalecer una mirada sobre lo que denota el estudio de la experiencia de las generaciones vivas recu-

*Este artículo forma parte de la tarea desarrollada dentro del proyecto de investigación "Retos y desafíos para una región en transformación: la construcción histórica del Presente en América Latina", Centro de Estudios de América Latina, U.A.M.-B.S.C.H., coordinado por el profesor Pedro Martínez Lillo, Universidad Autónoma de Madrid, en una temática sobre la que hemos entregado avances en las *IX Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia. A veinte años ...*, Córdoba, septiembre de 2003, "Entre la crisis y la incertidumbre: la Historia del pasado reciente", y *VII Jornadas de Historia de las Relaciones Internacionales. "Crisis y Desafíos. Del Siglo XIX a nuestros días"*, Buenos Aires, octubre de 2003, "América Latina y la historia del tiempo presente. Una mirada desde la epistemología de la complejidad".

** CONICET-Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, UCA.

*** Departamento de Investigación, Diagnóstico y Evaluación, Instituto Superior del Magisterio N° 14, Rosario, Ministerio de Educación de Santa Fe-Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, UCA.

riendo a la riqueza reflexiva del pensador francés Edgar Morin,¹ buscando en sus postulados, en sus consideraciones y en sus advertencias, herramientas que, al integrarlas con aportes innovadores que se gestan en este terreno, nos ayuden a conducirnos dentro de un escenario intelectual desafiante. El discernimiento sobre las posibilidades teóricas y prácticas de la confluencia del pensamiento moriniano con los supuestos del tiempo-presentismo nos fue inspirada por las argumentaciones de Josefina Cuesta Bustillo, que ha tenido un papel precursor en torno a la conceptualización de esta tentativa historiográfica dentro del ámbito de habla hispana.²

Para ello, es inevitable incursionar en la transformación paradigmática operada a partir de los últimos cincuenta años, desde donde se ha repensado el estatuto epistemológico del conocimiento, de la ciencia y de las disciplinas a través de continuidades y rupturas, de polarizaciones y complementariedades/integraciones, de homogeneidades y diversidades, de determinismos e indeterminismos, de orden y caos. Ante la crisis operada hacia el interior de la misma ciencia, se han agudizado debates, dudas, discusiones, enfrentamientos y rupturas con la tradicional concepción del positivismo.

El cambio epistemológico al que asistimos implica una creciente historización de la epistemología (importancia de los contextos y de las interacciones sociales); un creciente reconocimiento de la incidencia de lo social (no

¹ Nacido en París en 1921, se licenció en Historia y en Derecho. Su militancia política y su participación en la resistencia tras la invasión nazi de Francia, influyó poderosamente en su pensamiento, que ha rechazado los discursos totalizantes y la prédica de uniformidad de vocabularios y prácticas de las diversas disciplinas que parcelan el conocimiento en compartimentos y entorpecen su circulación. Doctor *Honoris Causa* en Ciencias Políticas, Psicología y Sociología por diversas universidades de gran prestigio internacional, fue director de investigaciones del *Centre National de la Recherche Scientifique*, codirector del Centro de Estudios Transdisciplinarios de la *École des Hautes Études en Ciencias Sociales*, presidente de la *Association pour la Pensée Complexe* y presidente del Consejo Científico de la Consulta y Debate en el Ministerio de Educación Nacional, de Investigación y de la Tecnología de Francia. Vinculado a la Universidad del Salvador de Buenos Aires, donde ha desempeñado una labor de promoción de la investigación científica, en cursos, institutos y en la cátedra itinerante "Edgar Morin – UNESCO/USAL", Morin ha sido en los últimos años un asiduo visitante de la Argentina. Ver también, Miguel Grinberg, *Edgard Morin y el pensamiento complejo* (Madrid, Campo de ideas, 2002) y François L'Yvonne, "Introducción al discurso de Edgar Morin", en *Jean Baudrillard-Edgar Morin. La violencia del mundo* (Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003).

² Ver Josefina Cuesta, "La historia del tiempo presente: estado de la cuestión", *Studia Histórica*, vol. 1, n° 4, Universidad de Salamanca, 1983; y especialmente, su obra *Historia del presente* (Madrid, Eudema, 1993), donde refiere a las reflexiones de Morin sobre la complejidad como aporte para el presente y su historia, págs. 8, 9 y 26. Ver también en, *Jornadas temáticas concebidas y animadas por Edgar Morin. El desafío del Siglo XXI. Unir los Conocimientos* (La Paz, Plural Editores, 2000), el capítulo dedicado a la historia y las contribuciones de André Burguière, Paul Ricoeur, Emmanuel Le Roy Ladurie, Serge Gruzinski, F. Dosse, Caron, Grosser, Borne y el mismo Morin, págs. 291-364.

se puede desactivar la operatividad de los objetivos no epistémicos durante la investigación científica); una aceptación de la diversidad de los contextos (todo contexto es relevante); un más allá de la racionalidad instrumental (el progreso cognitivo es insuficiente como parámetro exclusivo y excluyente, es necesario un criterio de consecución práctico); un rol activo del sujeto cognoscente (reintroducción del sujeto conceptuador en la construcción de las teorías científicas).

No sólo las elaboraciones académicas de las llamadas Ciencias Sociales integran el conocimiento de lo social y de lo humano; cada sociedad, cada comunidad científica, genera su propio estilo de producción de conocimientos, basándose en su compromiso e imbricación con la situación. Actualmente la ciencia cuestiona la concepción positivista que la vio nacer, al reconocer en su quehacer y producción la inscripción cultural, social e histórica; es así que el concepto actual de observación ya no consiste en una copia mental objetiva de la realidad sino que es tributaria de los supuestos y los instrumentos de una sociedad y de una época, que depende del sujeto y del modo de aprehensión de los objetos forjados/forjadores de una cultura que comporta una visión del mundo, del hombre y de los acontecimientos.

La innovación está en marcha y cada disciplina se ha visto en la necesidad de replantear su propio estatuto epistemológico. La Historia no ha escapado a estos imperativos, y así comenzó su desplazamiento desde la producción de magnos relatos, de la consideración de los grandes períodos y las épocas, de la valoración suprema de los documentos escritos, de la apreciación de la unidad de hechos concatenados en un mismo hilo conductor homogéneo y sostenido dentro de una concepción lineal y progresiva, hacia una nueva forma de producir conocimientos históricos, una tarea que conlleva "mostrar que es lo que hace verdaderos, legitimados y valiosos los procesos y los resultados obtenidos".³ Desde lo epistemológico es incuestionable que se ha generado una tensión vital entre "nuevas" y "viejas" concepciones del conocimiento, de la ciencia, del tiempo y de la Historia. Una ciencia social, inclusive la Historia, pensada desde esta perspectiva no goza de la solidez que aparentemente le otorgaba el marco positivista, de allí el surgimiento de una crisis que radica en la dificultad de descifrar y explicar una realidad devenida extraordinariamente compleja, en el marco de la ruptura del lazo entre la producción de conocimientos y la intervención de estos sobre lo real y el cambio social.

³ Josefa García de Ceretto, "El desafío del conocimiento en la perspectiva del conocimiento complejo", *Revista Forum* 14, Año 3, N° 5, Rosario, 2001, pág. 8.

La transformación cultural que ha traído aparejada la supremacía del capitalismo y la intercomunicación tecnocrática mundial, ha instalado la vida humana en el horizonte de un presentismo,⁴ al que el pasado y el futuro no le son demasiado significativos, sino bajo las formas de nostalgia y aspiraciones de corto alcance. Esta situación también ha contribuido a animar a no pocos historiadores, haciéndolos conscientes de los obstáculos y rupturas epistemológicas que se han alzado, reivindicando la importancia de la Historia para acceder a la comprensión del mundo en que vivimos y lanzándolos a diversos laberintos científicos: la historia del tiempo presente es uno de esos caminos a recorrer.

2. De la Historia del tiempo presente

Por mucho tiempo, haber sido testigo presencial de los acontecimientos descritos o “mejor aún, haber intervenido directamente en ellos, se consideraba una ventaja fundamental a la hora de escribir historia”.⁵ No obstante, una historia del tiempo presente fue la que cultivaron tanto Heródoto, Tucídides, Polibio o Julio César,⁶ que narraron los sucesos que se desarrollaban ante sus propios ojos, como también algunos de los hombres que lidiaron en el Cono Sur durante el siglo XIX por las organizaciones nacionales, asumiendo la múltiple función de partícipes, testigos y narradores de su propio tiempo. Juan Bautista Alberdi escribía en sus *Escritos Póstumos*, “entre el pasado y el presente hay una filiación tan estrecha que juzgar el pasado no es otra cosa que ocuparse del presente. Si así no fuera la historia no tendría interés ni objeto”.⁷

Pero con el decurso de los años, en el derrotero hacia la profesionalización de la ciencia tanto protagonistas como historiadores se fueron mostrando reacios a reconocer el período de sus vidas como válido para la traducción en clave histórica. La historiografía había comenzado a enfocar su interés en un tiempo que pudiera atraparse en testimonios escritos y documentos, elevados a la categoría de pruebas, capaces de dotarle de un estatuto científico

⁴ Ver, “Entrevista a Eric Hobsbawm”, por Jorge Halperin, *Clarín*, Buenos Aires, 5 de junio de 1997; Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria* (Madrid, Siglo XXI, 2002), pág. 70.

⁵ Timothy Garton Ash, *Historia del presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*, (Barcelona, Tusquets, 1999), pág. 12.

⁶ Josefina Cuesta, *Historia del Tiempo Presente*, cit., pág. 4 y passim.; Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía* (Madrid, FCE, 1993), pág. 15; Julio Arostegui, “Ver bien la propia época. (Nuevas reflexiones sobre el presente como historia)”, *Sociohistórica*, 9/10, La Plata, Primer y segundo semestre 2001, pág. 32.

⁷ Víctor M. Sonego, *Las dos Argentinas. Pistas para una lectura crítica de nuestra historia. Tomo I* (Buenos Aires, Ediciones Don Bosco Argentina), 1994, pág. 19.

equiparable al de las Ciencias Naturales. El pasado se constituía así en un objeto de estudio más seguro, neutro, certero y menos perturbador que el presente. Aquella investigación erudita sobre el pasado, historia de cuño positivista, triunfaba en los albores del siglo XX en todas partes.⁸

Invadidos por el trabajo y la producción de sociólogos, antropólogos, psicólogos, politólogos, economistas, algunos historiadores creyeron defender su territorio epistemológico, aferrándose al peso de la tradición que mostraba como indispensables la utilización de fuentes documentales escritas y directas, para luego analizarlas y expurgarlas de errores,⁹ mientras otros propugnaban el ejercicio de una historia total, de matriz interdisciplinaria,¹⁰ que afirmara el lazo del pasado con un presente valorizando la historia-problema,¹¹ y enriqueciendo la diversidad de las vías de acceso al conocimiento histórico.¹²

Quedaba planteada la tensión entre la aplicación rígida de los preceptos metodológicos positivistas y la tarea de acometer la construcción de la historia desde el tiempo en el que vivimos, rico debate que ha develado la no simpleza de todo conocimiento histórico. El quiebre vital que significó en el Hemisferio Norte la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, que otorgó una fuerte conciencia de la realidad del tiempo, fue fortaleciendo la convicción cívica de que resultaba imposible escapar del propio mundo, certeza que alcanzó vida y obra de los historiadores al verse demandados por el peso de trágicos acontecimientos que se hicieron evidentes en su modo de observar, investigar y escribir Historia:¹³ "las generaciones que llegaron a los 20 alrededor de 1940 en Europa, o después, dejaron de tener conciencia de la autonomía de la vida privada. No había casi una hora del día que no dependieran de una decisión política o de una agitación pública. Estos niños, estos jóvenes se encontraron de entrada en la historia y no tuvieron que descubrirla".¹⁴ Contribuyendo a la inquietud epistemológica, la fuerte presencia militar y financiera volcada por el gobierno de Washington a través del Plan Marshall con el

⁸ Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (Barcelona, Editorial Crítica, 1988), pág. 41.

⁹ Javier Paniagua, "Dejad a los políticos en la cuneta. La historia social busca su propio espacio", en *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, n. 12, Barcelona, abril 1997, pág. 33; Julio Arostegui, *cit.*, pág. 34; Josep Fontana, *La Historia después del fin de la Historia* (Barcelona, Crítica, 1992), pág. 26.

¹⁰ Cristina Godoy, "Imago blochiana fin de siglo", en *Estudios Sociales*, Año VIII, N° 14, Santa Fe, 1° semestre de 1998, pág. 177.

¹¹ Lucien Febvre, *Combates por la historia* (Barcelona, Ariel, 1992), pág. 32.

¹² François Dosse, *La historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"* (Valencia, Edicions Alfons El Magnànim), 1988, pág. 63-4.

¹³ Georg G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* (Barcelona, Labor, 1995), pág. 86.

¹⁴ P. Ariès, *El tiempo de la historia* (Buenos Aires, Paidós, 1988), pág. 35.

objeto de propiciar la reconstrucción europea se tradujo también en una afluencia de métodos y técnicas de investigación propias de las Ciencias Sociales norteamericanas que influyeron notablemente en prácticas de trabajo, de comunicación y hábitos institucionales y profesionales.¹⁵ Entonces la historia reciente se admitió como campo inteligible de análisis científico, dejando de lado aquellas convenciones académicas que aconsejaban que lo indicado era dejar pasar toda una generación para que la realidad se transmutara en Historia.¹⁶ La discusión sobre la pertinencia y el sentido otorgado al período contemporáneo, teniendo en cuenta la existencia de convulsiones históricas más próximas y cercanas al mundo y al espacio mental de los historiadores fue especialmente fértil en las historiografías alemanas, francesas e italianas,¹⁷ mientras en el Reino Unido, aunque las normas de acortar a treinta años el plazo para la consulta de los archivos públicos contribuyó a impulsar la investigación sobre el tiempo presente, el período posterior a la Segunda Guerra Mundial fue generalmente abordado por especialistas en ciencias políticas. En Estados Unidos la historia de los tiempos recientes ha sido cultivada desde los orígenes mismos de la profesionalización de la disciplina, apelando tempranamente a metodologías interdisciplinarias para alcanzar un entendimiento del presente por el pasado, aunque la cuestión de su singularidad no parece plantearse como un campo peculiar, diferenciado dentro de lo contemporáneo, e incluso de la historia del siglo XX.

La pasión por la Historia goza de gran predicamento en Francia. Desde hace décadas los historiadores franceses son los más traducidos, pero ese interés no está limitado al mundo académico. La televisión francesa dedica muchos programas a la difusión de temas históricos, existiendo además una cadena de *TV Histoire* de gran audiencia en los hogares. El etnólogo Marc Augé ha opinado en la prensa que la popularidad de la que goza la Historia en su país se debe a que se la considera un resumen de la experiencia política: “La gente -dice- valora que la historia le permite sacar lecciones del pasado para aclarar los sucesos actuales”, y agrega que, “además, existe el deseo de inscribir nuestra historia personal en el gran devenir de la historia colectiva y sentir que la sociedad permanece reunida”. Aunque allí la práctica de la historia de los tiempos recientes se distingue por su antigüedad, será recién en 1978 cuando le sea reconocido un lugar oficial con la creación del *Institut d’histoire du Temps Présent* (IHTP)¹⁸ en el seno del *Centre National de la Recherche*

¹⁵ François Dosse, *cit....*, pág. 108.

¹⁶ Angel M. Soto Gamboa, “Historia del tiempo presente, un concepto en construcción”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 165, Santiago, 1999-2000, pág. 21.

¹⁷ Abdón Mateos, “*Historia, Memoria, Tiempo Presente*”, [en línea – consulta: 16 de septiembre de 2002], en www.hispanianova.rediris.es/general/11.htm.

¹⁸ Es posible consultar en línea la página institucional del Instituto a la siguiente dirección: <http://www.ihtp.cnrs.fr>.

Scientifique (CNRS), aunque en las universidades su lugar seguirá siendo limitado.¹⁹ El historiador español Arostegui señala que la expresión “Tiempo Presente” fue concebida entonces, y casualmente, pues al crearse un centro que sustituyese al Comité de Estudios de la Segunda Guerra Mundial y habiendo ya un Instituto de Historia Contemporánea, se adoptó el nombre de Instituto de Historia del Tiempo Presente.²⁰ Su primer director François Bédarida y sus sucesores; en 1990, Robert Frank, y desde 1994, Henry Rousso, desplegaron un esfuerzo notable, nucleando en dicho centro investigadores y doctorandos, propiciando publicaciones y organizando numerosas actividades académicas. Desde otros focos también se ha impulsado la producción y el estudio de temas de historia reciente, como las revistas *Vingtème Siècle* y *Cahiers d'histoire immédiate*, publicación esta última del Groupe de Recherche en Histoire Immédiate (GRHI) de la Universidad de Toulouse Le Mirail, creado en 1991, y donde destaca la producción del profesor J. F. Soulet.²¹

En Alemania el fin de la guerra mundial disparó un cuestionamiento amplio y profundo destinado a explicar la emergencia del nazismo, donde las interpretaciones de los extranjeros y el sentimiento colectivo de culpa y desconcierto de la población, empujaron a los historiadores germanos a lanzarse al estudio de lo acontecido en las últimas décadas. Desde que el profesor H. Rothfelds inició en 1953 la publicación de los *Vierteljahrshäfte für Zeitgeschichte* se desarrollaron tentativas para responder al reto de lo contemporáneo en la formulación histórica, ampliando a partir de los 60 y especialmente de los 70 las áreas de investigación, interesándose por el período que incluía la construcción de la Comunidad Europea, y difundiéndose en las universidades a través de la creación de cátedras de historia del tiempo presente. En Italia, donde el proceso ha sido similar, también se abrió un extenso debate sobre el fascismo, no faltando las polémicas entre los intelectuales y el incentivo para investigar históricamente la posguerra, siendo igualmente importante su instauración en el ámbito académico.²²

En España, el paso de la experiencia del autoritarismo franquista a la democracia en 1975 consumó la apertura a la influencia de otras historiografías y a su difusión en las universidades. Así en los 80 principian las contribuciones y teorizaciones sobre la historia del tiempo presente, al compás de la ac-

¹⁹ Jean-François Soulet, “La historia inmediata en Europa Occidental”, en *Cuadernos 20-21. Historia, Memoria y Didáctica del Pasado Reciente*, N° 1 Primavera 2001 [en línea - consulta: 10 de mayo de 2003], en <http://www.perso.wanadoo.es/fhernal/cuadernos.htm>.

²⁰ Arostegui, “Ver bien la propia época...”, *cit.*, pág. 18.

²¹ Laurent Jalabert, “Histoire immédiate et histoire politique en France”, en *IX Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad de Córdoba, septiembre de 2003.

²² Jean-François Soulet, *cit.*....

cesibilidad a los archivos que abrieron el camino indispensable para hacer la historia científica de la contemporaneidad inmediata. En los 90 el caudal de la literatura sobre el tema se incrementó notablemente, sucediéndose seminarios y jornadas organizados para analizar este nuevo horizonte historiográfico, y habilitándose cátedras universitarias. Comienza en 1991 a publicarse la revista *Ayer*; nombre que apela al “día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la Asociación de Historia Contemporánea ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo”.²³ Más recientemente la revista electrónica de Historia Contemporánea, *Hispania Nova*, también da cabida a investigaciones vinculadas a la historia del tiempo presente. Existen así mismo una Asociación de Historia Actual -proyecto promovido por profesores e investigadores de ambas orillas del Atlántico, cuya finalidad es fomentar la investigación y la enseñanza de la labor cultural-científica relacionada con el desarrollo humano en el tiempo presente desde una perspectiva multidisciplinar, aunque la disciplina histórica se encuentra en el origen de la agrupación- que dispone de una página en internet,²⁴ publica una revista de *Historia Actual* y organiza periódicamente encuentros académicos, y también una Asociación de Historiadores del Presente -que sitúa la especialización de los profesionales a partir de la época de la II República Española-, con su propio órgano de difusión, la revista *Historia del Presente*.

Un recorrido vasto en torno a fuentes y autores muestra que no prevalece un acuerdo en cuanto a los términos que dan denominación a esta Historia: conceptos tales como Historia del tiempo presente, Historia del mundo actual, Historia inmediata, Análisis histórico del presente, Historia del presente, Historia reciente, han despertado intentos -en algunos casos, no exentos de controversia- de precisiones epistemológicas de parte de teóricos de este campo, “en un terreno demorado que tarda en definirse, o que tal vez nunca lo hará”.²⁵

Para Bédarida la noción de tiempo presente equivale al tiempo de una experiencia vivida por las diversas generaciones que coexisten en un determinado momento histórico. Otros historiadores como Julio Arostegui han insistido en la idea de coetaneidad, llegando a inclinarse por el término de historia coetánea,²⁶ -aunque en 1989 había propuesto la denominación de histo-

²³ *Ayer*, 24, Madrid, 1996, pág. 5.

²⁴ [En línea - consulta: 11 de septiembre de 2002], www.historia-actual.com.

²⁵ Amelia Galetti, “Análisis histórico del presente: El editorial de la Historia”, en *Hablemos de Historia*, Año 1, N° 1, Universidad Autónoma de Entre Ríos, 2001, pág. 56.

²⁶ Julio Arostegui, “Ver bien la propia época...”, *cit....*, pág. 31.

ria reciente- poniendo de relieve la proximidad al sujeto y su carácter de inacabada, significando la construcción de la historia de cada época desde la perspectiva de los propios hombres que la viven, “simultaneidad que no quiere decir absoluta coincidencia temporal, entre unos hechos y su descripción y explicación histórica”.²⁷ Vicente Palacio Atard ha opinado que la historia de nuestro tiempo es una historia muy cercana a la hora actual, refiriéndose en ocasiones a un acontecimiento que si bien está próximo al hoy, constituye una historia definitivamente concluida e irreversible, que entra así en los presupuestos clásicos de la historicidad, “otra cosa es que esté condicionada no tanto por las perspectivas de una observación distante, como por las disponibilidades de una información fiable”.²⁸

Si el historiador procura la mayor aproximación a la verdad susceptible de alcanzarse, admite también la provisionalidad de su conocimiento: “es imposible alcanzar la Verdad completa, pero también es imposible que se oculte por entero”.²⁹ José Luis Romero señalaba así mismo que la Historia está llena de vacíos en el conocimiento, pues los hechos humanos así lo requieren, viéndose obligada, como pocas disciplinas, a utilizar simultáneamente numerosas y dispares herramientas.³⁰

Ash subraya que una de las objeciones que se le hace a la historia del tiempo presente es que no se conocen las consecuencias de los hechos actuales, “de forma que nuestra comprensión de su importancia histórica es mucho más especulativa y susceptible de revisión”.³¹ Sin embargo, ello puede constituir una ventaja porque así el historiador se detiene más en los hechos, los registra tal cual los ve, sin condicionamientos, y en el futuro, nuevos investigadores contarán con un testimonio valioso, que se sumara a diversas fuentes, disponiendo entonces de una perspectiva más alejada, que les permitirá ahondar en la comprensión de los fenómenos.

3. Las epistemologías de la ruptura: la complejidad

Se impone examinar también algunas consideraciones acerca del campo específico de la epistemología. Si bien ella puede ser considerada como el “... examen crítico de las condiciones y métodos del conocimiento científico,

²⁷ Julio Arostegui, *La historia reciente*, citado en Angel M. Soto Gamboa, *cit....*, pág. 68.

²⁸ Vicente Palacio Atard, *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia* (Madrid, Real Academia de la Historia, 1988), pág. 22.

²⁹ Vicente Palacio Atard, *cit....*

³⁰ Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con Historia, Política y Democracia* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1986), pág. 86.

³¹ Ash, *cit....*, pág. 15.

examina la validez de las formas de explicación, la pertinencia de las reglas de la lógica de inferencia, las condiciones de utilización de los conceptos y de los símbolos”,³² una concepción ampliada, propia de las epistemologías de la ruptura, aunque se interesa por el conocimiento científico, interroga también conocimientos distintos de ellos que aunque se sitúan dentro de la racionalidad, no puede rechazar como no conocimientos los conocimientos no racionales.³³

La posición epistemológica que podemos calificar de compleja³⁴ revela la necesidad de superar las concepciones analíticas, efectuando una ruptura con las “duras” exigencias objetivistas dogmáticas, atomizantes, excluyentes de la modernidad y con los cánones de validez a ellas asociados. Al intento de hacer residir la certeza en la posibilidad de reducción al elemento último, simple y evidente y a una racionalidad neutra, se le han contrapuesto nuevos criterios que cuestionan los límites disciplinarios amarrados, las reglas invariables, las cadenas causales lineales y los procedimientos rígidamente estipulados y parcelados, facilitando el tránsito entre el conocimiento científico y otras formas del saber humano. Los profundos cambios epistémicos alcanzados se asumen y se resignifican en la epistemología de la complejidad.³⁵ En ese sentido, la producción escrita de Morin nos invita a situarnos frente a la preocupación de alcanzar un conocimiento que no este mutilado ni dividido, capaz de abarcar la complejidad de lo real, respetando lo singular a la vez que lo integra en su conjunto.³⁶

Un paradigma contiene, para cualquier discurso que se efectúe bajo su imperio, los conceptos fundamentales o las categorías rectoras de inteligibilidad y de otorgamiento de sentido, al mismo tiempo las relaciones lógicas de

³² Edgar Morin, *El Método. El conocimiento del conocimiento* (Madrid, Cátedra, 1988), pág. 32-3.

³³ Edgar Morin, *El Método...cit....*

³⁴ Para profundizar en el tema, ver Josefa García de Ceretto, *Entramado epistemología de la complejidad y educación. Hacia un enfoque innovador del conocimiento, el currículo y las prácticas en la escuela*, Tesis de doctorado, Universidad Católica de Santa Fe, 2002.

³⁵ Desde un punto de vista etimológico la palabra complejidad es de origen latino, proviene de “complettere”, cuya raíz “plectere” significa trenzar, enlazar. El agregado del prefijo “com” añade el sentido de dos elementos opuestos que se enlazan íntimamente, pero sin anular su dualidad. Asimismo, existe una relación curiosa entre complejo y perplejo, ya que comparten la misma raíz: perplejo significa dudoso, incierto, confuso, ver Edgar Morin, Emilio Roger Ciurana, Raúl Domingo Motta, *Educación en la era planetaria. El pensamiento complejo como método de aprendizaje en el error y la incertidumbre humana* (Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002), pág. 40 y ss.; Josefa García de Ceretto, “El desafío del conocimiento en la perspectiva del conocimiento complejo”, *cit....*, pág. 6 y ss.

³⁶ “Entrevista a Edgar Morin”, *Ciencias Humanas*, n° 28, [en línea: consulta 18 de septiembre de 2002], en <http://www.france.diplomatie.trtabel.france/ESPAÑOL/IDEES/MORIN/morin.html>.

atracción/repulsión entre estos conceptos o categorías. De este modo, los individuos conocen, piensan y actúan en conformidad con paradigmas culturalmente inscriptos en ellos, que a su vez de modo virtual organizan los sistemas de ideas, pudiendo orientarlos, gobernarlos y controlarlos.³⁷ Además, guía el curso de las ideas y las creencias y posibilita que ellas no floten en un vacío social sino que estén insertas en una organización, en un determinado espacio y tiempo.³⁸

La problemática paradigmática explica las resistencias de producir y comprender cambios profundos de los sujetos y de las instituciones, de las creencias y de las ideas. En este sentido, no sólo guía al historiador en la selección de métodos, técnicas e instrumentos, en los modos de estructurar la experiencia, en las formas de categorizar los objetos de estudio y las representaciones simbólicas (principalmente el lenguaje) para nombrar, generalizar y relacionar lo percibido en el momento presente con conocimientos anteriores y también para comunicar y compartir significados,³⁹ sino que define su concepto de realidad, conforma y valida sus conocimientos.⁴⁰ Cuando el historiador cree ver el tiempo y los hechos objetivos "tal cual son", conoce lo que los principios organizadores mentales en el contexto le posibilitan advertir. Las acciones históricas son comprendidas así como la construcción/reconstrucción de una comunidad, que crece y se desarrolla con sus actores sociales según las posibilidades e imposibilidades de las inscripciones paradigmáticas y las fortalezas de cambios profundos para las transformaciones de sus paradigmas.

4. Epistemología e Historia en condiciones de complejidad

La epistemología de la complejidad nos permite trazar marcos y horizontes mentales, así como principios organizadores⁴¹ del conocimiento que avalan nuestras intenciones de fundamentar y legitimar los alcances de la

³⁷ Edgar Morin, *El Método. Las ideas* (Madrid, Cátedra, 1991), pág. 218.

³⁸ Edgar Morin, *El Método. Las ideas..., cit....*, pág. 217.

³⁹ María Elena de de Zan, Josefa García de Ceretto, María del Pilar Britos, Roxana Prósperi, María Inés Prono, "Hacia una epistemología educacional", *Revista Tópicos*. Año IV, N° 4, Santa Fe, 1996, pág. 43.

⁴⁰ Ver Carlos Barros, "El paradigma común de los historiadores del siglo XX", en *Estudios Sociales*, Año VI, n° 10, Santa Fe, 1er. Semestre de 1996, pág. 24.

⁴¹ Sobre principios de la complejidad, ver Morin, *cit. Educar en la era planetaria*, pág. 47 y ss. . También Miguel Grinberg, *Edgar Morin y el pensamiento complejo*, *cit....*, y Josefa García de Ceretto, "Fundamento epistemológico del Diseño Curricular", en *Fundamentos*, Ministerio de Educación de Santa Fe, 1999, pág. 38-9.

Historia del Tiempo Presente.⁴² Desde esta perspectiva, adquiere validación el corrimiento de la historia del tiempo pasado a la historia del tiempo presente, engendrando tensión sistémica –no negadora sino recursiva y dialógica-⁴³ entre lo ya gestado y lo que urge construir, e introduciendo al sujeto, crítico, intérprete y protagonista de la Historia. Permite responder al desafío de la complejidad en tiempos de crisis que caracterizan al mundo actual.

Todo nuestro conocimiento del mundo, tanto el cotidiano como el científico, supone construcciones contextualizadas, es decir, conjuntos de abstracciones, generalizaciones, idealizaciones propias del nivel respectivo de organización del pensar.⁴⁴ Hasta la cosa percibida en la vida diaria es algo más que una representación de nuestros sentidos, pues demanda abstracciones, que debemos tomar en cuenta para no caer en la trampa de una materialización inadecuada.⁴⁵ La construcción que el científico realiza de su objeto se alcanza extrayéndolo de su ambiente complejo para ponerlo en situaciones experimentales no complejas, se trata así no del estudio de lo simple, sino de una simplificación heurística necesaria para extraer ciertas propiedades y descubrir ciertas leyes. Por consiguiente, se trata de hechos interpretados, ya sea separados de su contexto mediante una maniobra artificial de nuestro intelecto o bien insertos en él: de cualquier modo, llevan en sí su molde interpretativo, comprensivo y crítico, tanto interno como externo. Captamos pues, ciertos aspectos de la realidad del mundo. Esa explicación simple tiene la capacidad de reducir un fenómeno compuesto a sus unidades elementales, concibiendo el conjunto como una suma del carácter de las unidades. El intelecto busca más lo que confirma su conocimiento que lo que lo contradice, prefiriendo respuestas más que preguntas, “entonces el espíritu conservativo domina y el crecimiento espiritual se detiene”.⁴⁶ Se puede aplicar una teoría simple a fenómenos complicados, ambiguos, inciertos. Entonces se hace una simplificación, pero aparece el problema de la complejidad que plantean los fenómenos no reductibles a los esquemas simples del observador.

Sin embargo, cada vez más nos envuelve la convicción de que este mundo en que vivimos es complejo, entendida dicha situación en palabras de Mo-

⁴² Ver María Inés Mudrovic, “Algunas consideraciones epistemológicas para una “Historia del Presente”, en *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea*, Número 1 (1998-2000), [en línea: consulta 23 de septiembre de 2002], en <http://hispanianova.rediris.es/antiores/antiores-1.htm>.

⁴³ Se refiere a dos lógicas, dos principios, dualidad que no implica perder la unidad, en Miguel Grinberg, *cit.*, pág. 120.

⁴⁴ El término pensar no se utiliza como la acción de un sujeto trascendental, ideal, en tanto el conocimiento sólo es pertinente en la medida que se sitúa dentro de un contexto.

⁴⁵ A. Schutz, *El problema de la realidad social* (Buenos Aires, Amorrortu, 1974), pág. 36-7.

⁴⁶ Gastón Bachelard, *La formación del espíritu científico* (México, Siglo XXI, 1997), pág. 15.

rin como “la que no puede resumirse en una palabra maestra [...] aquello que no puede reducirse a una idea simple”. Las realidades, donde los hechos puros y simples no existen, son co-construcciones auto-eco-organizativas y antropo-socio-culturales.

La complejidad es una idea que ha estado más diseminada en el vocabulario común que en el científico hasta que en el siglo XX la física y la cibernética lo introdujeron en la ciencia como concepto fundamental. Tradicionalmente esta noción conllevaba una connotación negativa, considerando que era lo que se oponía a lo simple, invitando al entendimiento a eliminarla para poder pensar correctamente, para ganar así en rigurosidad y claridad. Pero lo que se reconocía como complejidad era lo complicado, lo embrollado, lo enmarañado que dificultaba o impedía razonar correctamente, sin legitimar, mientras que existe otra dimensión, la que se refiere a la realidad misma y a otra forma de entender la racionalidad. Este concepto no comprende solamente cantidades de unidades e interacciones que desafían nuestras capacidades de cálculo; comprende también incertidumbres, indeterminaciones, “está así ligada a una cierta mezcla de orden y de desorden”.⁴⁷ Lo complejo recupera la incapacidad de lograr la certeza, de concebir un orden absoluto que evite las contradicciones, y a la vez presenta la paradoja de lo uno y de lo múltiple, siendo el “tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares que constituyen nuestro mundo fenoménico”.⁴⁸

La complicación tiene la posibilidad de ser reducida por descomposición, a lo simple; mientras que la complejidad nunca podrá despojarse de la heterogeneidad, de lecturas plurales, del conflicto y de la incertidumbre. La trama misma de lo que llamamos realidad no es simple, sino compleja. La indeterminación, las contradicciones, no aparecen como residuos a eliminar por la explicación, sino como constituyentes no separables de nuestra percepción/concepción/interpretación/comprensión de lo real. En suma, “el pensamiento complejo no desprecia lo simple, critica la simplificación”.⁴⁹

Este pensamiento se reconoce por diversos rasgos, siendo algunos, la convivencia con la contradicción; la necesidad de asociar el objeto a su entorno y al ser viviente conformado/conformando su contexto; la obligatoriedad de implicar el objeto y su observador.

Las estructuras espacio-temporales en las que situamos lo observado, e incluso su misma noción, derivan de nuestras representaciones y de nuestras ideas, las cuales dependen de las estructuras organizativas de nuestro lenguaje y de nuestra cultura, al mismo tiempo que de las estructuras organizadoras

⁴⁷ Edgar Morin, *Ciencia con consciencia* (Madrid, Anthropos, 1984), pág. 213.

⁴⁸ Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo* (Barcelona, Gedisa, 1995), pág. 139.

⁴⁹ Morin, *Educación en la era planetaria, cit....*, pág. 50.

del espíritu humano.⁵⁰ Nos hallamos también frente a un “observador-conceptuador”, puesto que percibe y concibe: perturbado por su punto de observación, y perturbador, pues como sujeto actúa sobre lo visto, modificando/significando. No se trata más que de reincorporar la creatividad, la comprensión y la intencionalidad del sujeto en el conocimiento y con ello la búsqueda de opciones superadoras del conflicto entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo presente y lo pasado. Se despliega así la convicción de que el sujeto interfiere en el proceso del conocimiento del objeto, y de que “las verdades” a las que podemos aspirar conocer científicamente son aproximativas y condicionadas.⁵¹

Priorizando algunos principios de la complejidad, cabe detenerse aquí sobre lo que se denomina la dialógica cultural, como la posibilidad de pensar en un mismo espacio mental pluralidad de puntos de vista que se complementan y excluyen, que permiten intercambio de información, de ideas, de opiniones, de teorías y conceptos que llevan a la competición, a la concurrencia y al conflicto pero reglado por principios de argumentación, de búsqueda de pruebas, de estímulo de la imaginación y de la creación. Desde allí, la presencia de inestabilidades, de variaciones, de perturbaciones, de crisis, como elementos necesarios para que una sociedad pueda lograr superar la homogeneización, la repetición y lograr la innovación. Esas querellas a la vez posibilitan encuentros, confrontación de ideas, de opiniones que permiten la convivencia de los contrarios en una complementariedad comprensiva de las diferencias, pero que no renuncian al antagonismo constructivo, siendo lo suficientemente hábiles como para dejarnos enriquecer por aquello que es diferente a nosotros.⁵²

5. Reencuentro/resignificación de conceptos “negativos” y de términos excluidos

Los nuevos caminos científicos retoman cuestiones negadas por la ciencia clásica, que habilitan a intentar una metamorfosis progresiva y a incursionar por nuevas alianzas, “durante mucho tiempo desconocidas entre la historia de los hombres, la historia de sus sociedades, de sus conocimientos y la

⁵⁰ Edgar Morin, *Ciencia con consciencia*, cit..., pág. 347.

⁵¹ Ver Carlos Barros, “El retorno de la historia”, en *Hablemos de Historia*, cit..., pág. 20.

⁵² Ver Emilio Roger, *Humanismo y responsabilidad. A propósito del texto de Edgar Morin “Pour l’éducation du Vingt-et-unième siècle”*, 1999, [en línea: consulta septiembre de 2002], en http://www.pensamientocomplejo.com.ar/docs/complejidad_aavy/cjurana_humanismo-y-responsabilidad.pdf.

aventura exploradora de la naturaleza".⁵³ La aplicación de los principios de la complejidad a la parcela historiográfica del tiempo presente nos permite reencontrarnos con algunos términos excluidos por la visión tradicional de raíces positivistas. De los más ricos, sin duda, el concepto de crisis, a quien T. Khun le otorgó un rol fundamental en los procesos de cambios de paradigmas, como preludio al surgimiento de nuevas teorías.⁵⁴

Se debe estar alerta sobre la utilización ingenua del concepto de crisis desde las Ciencias Sociales, en el sentido negativo de que "todo va mal", reflexionando más bien sobre la capacidad reveladora y realizadora que porta: muestra de repente la presencia, la forma y la fuerza de aquello que en situaciones normales, permanece invisible, y además en un sentido complejo, desde que hay incertidumbre, hay posibilidad de acción, de transformación, de decisión, de cambio. Las crisis son dolorosas, pues arrastran con las certezas, "pero siempre, y cada vez que se producen ponen las cosas blanco sobre negro".⁵⁵ El concepto de crisis está conformado por una constelación de nociones interrelacionadas: la idea de perturbación, que puede ser tanto de un acontecimiento o accidente desencadenador, o aquellas que surgen de procesos en apariencia no perturbadores como el crecimiento demasiado rápido de una variable, que produce una sobrecarga incapaz de ser resuelta por el sistema, es decir crisis por ausencia de solución; la de progresión de las incertidumbres; la de parálisis y la rigidez de aquello que constituía la flexibilidad organizativa del sistema, de los dispositivos de respuesta y regulación.⁵⁶

Otro concepto no menos trascendente que nos propone la complejidad es el de incertidumbre, y al aceptarlo, estamos admitiendo que el conocimiento se sitúa en las fronteras, desdibujando seguridades y garantías. El hombre actual ha perdido la promesa de un progreso predicho infaliblemente por las leyes deterministas de la historia o del desarrollo lógico de la ciencia y de la razón;⁵⁷ se trata de un tiempo de turbulencias sin prescripción de renovación profunda, de revolución política. Si como señala Iggers, se ha introducido la incertidumbre en la posibilidad de dar una explicación científica congruente

⁵³ I. Prigogine – I. Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia* (Madrid, Alianza, 1990), pág. 325.

⁵⁴ Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (México, FCE, 2000), 16 ed., pág. 140. La primera edición es de 1962.

⁵⁵ Edgar Morin, *Sociología* (Madrid, Tecnos, 2000), pág. 160.

⁵⁶ Edgar Morin, *Sociología, cit.*, pág. 164. Ha advertido Pierre Vilar, en *Pensar la Historia* (México, Instituto Mora, 1995), pág. 94, "un mundo en crisis prefiere no conocerse, o conocerse mal. Ésa es sin duda la probable crisis de la historiografía. Pero no es forzosamente una crisis de la ciencia histórica"

⁵⁷ Edgar Morin, *Articular los saberes. ¿Qué saberes enseñar en las escuelas?* (Buenos Aires, EUS, 1998), pág. 59.

del pasado, al modo de un relato monolítico, eso no significa que la Historia haya terminado,⁵⁸ sino que se ha abierto a múltiples historias con diferentes estrategias de aproximación, en diferentes planos que coexisten en la realidad: se ha complejizado. Se trata de retomar vías diversas de abordaje que permitan acceder a esa realidad, pasada o presente, que en muchos casos se nos manifiesta como laberíntica, superando la competencia entre métodos o procedimientos de comprensión o hermenéuticos frente a los de explicación o analíticos. Se trata también de aprender a convivir con la incertidumbre, como factor de imprevisibilidad, incluida dentro de los conocimientos científicos, y de abrirse a la capacidad de anticipación, que implica la acción idónea para cambiar el entorno —es decir, la capacidad de acción.⁵⁹ El hecho estudiado por el historiador implica la incertidumbre que viven los protagonistas, y esas relaciones de incertidumbre admiten que en un cierto nivel radical el observador ya no puede disociarse de la observación, entra en dicha observación, la perturba y es perturbado por ella.

En una epistemología de la complejidad que otorga importancia a las incertidumbres de ciclo corto, el acontecimiento, especialmente en su vertiente política, no se puede considerar como un simple producto; por el contrario, es a la vez productor de sistema. De esta manera no se concibe lo estructural y lo coyuntural, el ciclo largo —o el medio- y los acontecimientos como términos antinómicos, sino más bien como polos de una dialógica compleja, que actúan recíprocamente.⁶⁰ El tiempo, como dimensión de lo que existe, incorpora fuertemente la noción de suceso, de hecho, de acontecimiento, y el otorgamiento de sentido y de intencionalidad. Significa la irrupción a la vez de lo vivido, del accidente, de la irreversibilidad, de lo singular concreto en el tejido social,⁶¹ y también la revalorización de los hechos políticos que acontecen en la actualidad de nuestras sociedades.⁶²

⁵⁸ Ver sobre el debate Fukuyama, Carlos Barros, "Hacia un nuevo paradigma historiográfico", en *Prohistoria*, 3, Rosario, 1999, pág. 48-50.

⁵⁹ Entrevista a Jorge Wagensberg, "La incertidumbre política y la ciencia", *Clarín*, Buenos Aires, 16 de junio de 2002.

⁶⁰ François Dosse, "El método histórico y las huellas memoriales", en *Jornadas temáticas concebidas y animadas por Edgar Morin, cit....*, págs. 325-35.

⁶¹ Edgar Morin, *Sociología, cit....*, pág. 73 y ss.

⁶² Jean Louis Flandrin, "De la historia-problema a la aproximación histórica de los problemas", citado en Gonzalo de Amézola, "Problemas y dilemas en la enseñanza de la Historia reciente", en *Entrepasados*, Año IX, Número 17, Buenos Aires, fines de 1999, pág. 159.

6. Enfoque metodológico

La perspectiva con la que abordar la Historia del Tiempo Presente pide una apuesta fuerte por la interdisciplinariedad o por la transdisciplinariedad,⁶³ términos surgidos con la finalidad de corregir cierta esterilidad acarreada por disciplinas excesivamente compartimentadas y sin comunicación: se trata a la vez de un proceso y de una filosofía de acción.⁶⁴ La modalidad de un conocimiento fragmentado impide, a menudo, operar el vínculo sistémico-autorganizador entre las partes y las totalidades, y es incapaz de aprehender los objetos de conocimiento en sus contextos, conjuntos y complejidades, acarreado una segmentación de los problemas de la realidad. La incomunicación cognitiva produce soledad y empobrecimiento, tanto entre los individuos como en el acervo general de los saberes. Simplificamos el mundo porque no somos capaces de situarnos en el horizonte que nos pide la comprensión de los fenómenos sociales y políticos que ocurren, al no usar una visión compleja: a la hora de explicar no podemos separar niveles sino que debemos apelar a más registros explicativos que se interrelacionan.⁶⁵ Existe el riesgo de que esa búsqueda de niveles interdisciplinarios o transdisciplinarios puedan derivar hacia formas totalitarias de integración y de confusión, imponiendo marcos prescriptivos con los que de cualquier forma todos deban acordar. Sin embargo dicha reforma del pensamiento no implica forzosamente suprimir las disciplinas sino permitir el juego de las articulaciones, las religaciones que vitalicen y fecunden las solidaridades que respondan a la complejidad de lo real. Se advierte académicamente que ciertas nociones circulan y a veces atraviesan clandestinamente las fronteras sin ser detectadas por los "aduaneros", se trata de ideas migradoras que fecundan un nuevo campo donde se arraigan, engendrando tensión, para entrar en interrelación.⁶⁶ Visto desde el paradigma de la especialización, ello es considerado como un investigador que se dispersa, pero no deja de ser pertinente para la Historia del Tiempo Presente. Ese historiador se vuelve policompetente, asociando y permitiendo juegos dialógicos y complementarios de las diversas disciplinas. Aunque esa conjunción de destrezas en un solo profesional no sea en algunos casos mucho más que una utopía, como predice González Bolaños, "la mo-

⁶³ Para la aplicación en otras Ciencias Sociales de estas ampliadas posibilidades de investigación, expansión del conocimiento que trasciende rígidos límites disciplinares, ver **Rafael Pérez-Taylor**, compilador, *Antropología y complejidad* (Barcelona, Gedisa, 2002).

⁶⁴ **Raúl D. Motta**, "Complejidad, educación y transdisciplinariedad", en *Revista Signos universitarios. Desafíos del 2000-I, Educación*, USAL, Buenos Aires, 2001, pág. 6; **Edgar Morin**, *Ciencia con consciencia, cit....*, pág. 312.

⁶⁵ **Emilio Roger**, "Humanismo y responsabilidad....", *cit....*

⁶⁶ **Edgar Morin**, *Articular los saberes, cit....*, pág. 28.

vilidad académica, la vinculación y el trabajo en equipos interdisciplinarios de investigadores a nivel nacional, regional y mundial, permitirá confrontar y ampliar conocimientos, sistematizar experiencias y, sobre esa base construir nuevos saberes y metodologías que impulsen el desarrollo de la ciencia y la tecnología en América Latina”.⁶⁷

Dentro de una metodología de triangulación,⁶⁸ la incursión en técnicas como las proporcionadas por los testimonios orales constituyen una cantera de información directa y privilegiada,⁶⁹ propia de lo que nos es contemporáneo, historización de experiencias que dotan de contenido y significado a las investigaciones, a través del relato de protagonistas que usualmente estaban al margen de lo documentado, registrando testimonios acerca del pasado vivido. La tarea crítica del historiador ante las fuentes no marca diferencias frente a los textos orales o escritos, “no se puede decir que ningún testimonio es totalmente confiable, pero el hecho de ser oral no quiere decir que es menos confiable”.⁷⁰ Lo oral se constituye en un aporte diferente a lo que nos entrega lo escrito: nos induce a recrear acontecimientos bajo nuevas miradas y percepciones, así como otras fuentes audiovisuales⁷¹ nos enfrentan con una realidad diversa a la que nos comunican las palabras.

Las singularidades metodológicas a las que puede aspirar la Historia del Tiempo Presente, reclaman también conocer las fuentes multimediales que brindan las nuevas tecnologías y que forman parte del discurso histórico. Los medios de comunicación trasladan los acontecimientos según van sucediendo, a veces directamente, otras a través de la mediación de los intereses que representan las empresas informativas o de la mayor o menor idoneidad de los periodistas que procesan el material a difundir, convirtiendo el relato de un he-

⁶⁷ Ondina González Bolaños, “Los contextos de la investigación, la educación superior y el nuevo valor del conocimiento en América Latina”, *Revista de Indias*, n° 219, Madrid, 2000.

⁶⁸ Según S. J. Taylor y R. Bogden, *Introducción a los métodos cualitativos de investigación* (Barcelona, Paidós, 1996), pág. 91-2, “... se llama triangulación a la combinación en un estudio único de distintos métodos o fuentes de datos [...] La triangulación suele ser concebida como un modo de protegerse de las tendencias del investigador y de confrontar y someter a control recíproco relatos de diferentes informantes. Abrevándose en otros tipos y fuentes de datos, los observadores pueden también obtener una comprensión más profunda y clara del escenario y de las personas estudiadas”.

⁶⁹ Ver Dora Schwarzstein, Introducción, AAVV, *La historia oral* (Buenos Aires, CEAL, 1991), pág. 16-7; Diego Sempol, “Historia y memoria. Los sentidos del pasado”, *Rebelión*, 3 de mayo de 2001; Josep Fontana, *La historia después del fin de la historia, cit....*, pág. 84; Marieta de Moraes Ferreira, “Historia oral: una brújula para los desafíos de la historia”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 2, 28, Barcelona, 2002, págs. 141-152.

⁷⁰ Entrevista a Hebe Clementi y Peter Winn, “De las dictaduras a las democracias. Los golpes de la historia”, en *Clarín*, Buenos Aires, 26 de octubre de 1997.

⁷¹ Ver Mario P. Díaz Barrado, “Introducción: La Imagen en Historia”, *Ayer*, 24, Madrid, 1996, pág. 17-24.

cho en noticia. Pero se trata de una construcción que no tiene forzosamente que dar cuenta de lo real, “el periodismo no necesita de la verdad, sino del relato verosímil de unos hechos inmediatos y para construirlos se sirve de técnicas. El periodismo es una técnica para el relato de los hechos. Una sencilla fuente de la historia, pero que no constituye a la historia en sí misma”.⁷² Sumando alertas a esa forma de conocimiento, un riesgo se derrama: “la espectacularización de los acontecimientos históricos recientes los entrega a un pasado mitológico, una ocasión para entretener no un espacio para reflexionar”.⁷³

En momentos en que los hechos políticos que se trasladan al papel ha disminuido, el historiador del tiempo presente es acosado por la aceleración con la que se le ofrecen esas nuevas fuentes,⁷⁴ ya sean noticias radiales y de prensa para divulgación, imágenes de televisión que aparecen bajo el efecto de tiempo real, produciendo impresiones tanto inmediatas como poco controlables, cintas grabadas de teléfonos, copias o registros de mail. Aunque sabemos que mucha de la historia reciente desaparecerá por falta de testigos que dejen constancia, “lo que ha ido a peor es la relación entre cantidad y calidad. Ahora ha aumentado lo que es posible saber poco después de los hechos y ha disminuido lo que se puede saber mucho después”.⁷⁵ Como señala Isidoro Ruiz Moreno, “la indiferencia y el olvido –cuando no la distorsión interesada– relegan a muchos acontecimientos a la ignorancia, vale decir, a su virtual inexistencia, porque por más destacada que haya sido alguna figuración, si nadie la documenta, tal es su destino”.⁷⁶

Finalmente, si la literatura y la música dan cuenta de las comunidades que los produjeron, el cine también nos permite ver reflejadas las preocupaciones e intereses de una sociedad, de su trayectoria, como producto cultural inmerso en un contexto histórico.⁷⁷

La precaución del investigador enfrenta su tiempo con sentido crítico –el mismo utilizable para cualquier período histórico–, pero con una ventaja: conoce las razones con que juzga las fuentes. El investigador sabe que puede someter los testimonios orales y el caudal audio-visual y periodístico a examen, explicaciones y puntualizaciones, y a mayor disponibilidad en número y calidad de este tipo de fuentes, mayor será la posibilidad de corregir erro-

⁷² Lila Luchessi, “El periodismo y la actualidad nacional. El relato de los hechos”, [en línea –consulta 13 de octubre de 2002], en www.revistalote.com.ar/nro0481.historia.htm.

⁷³ Umberto Ecco, “La historia reciente como espectáculo”, en *La Nación*, Buenos Aires, febrero de 1995, citado en Gonzalo de Amézola, *cit.*..., pág. 153.

⁷⁴ Ver Amelia Galetti, “Análisis histórico del presente: el editorial de la Historia”, en *Hablemos de Historia*, *cit.*..., pág. 58.

⁷⁵ Ash, *cit.*..., pág. 12.

⁷⁶ Isidoro J. Ruiz Moreno, *La Revolución del 55. I. Dictadura y conspiración* (Buenos Aires, Emecé, 1994), pág. 8.

⁷⁷ Edgar Morin, *Articular los saberes*, *cit.*..., pág. 69.

res. Puede ser consciente que en ocasiones las compañías de informaciones despliegan su enorme poder para conseguir determinadas reacciones, en su beneficio, o en concertación con otros intereses. Intentará también detectar los hechos significativos de la realidad encubiertos o silenciados por un lenguaje televisivo que privilegia lo que es susceptible de convertirse en pasatiempo,⁷⁸ que confunde la inmediatez comunicacional con los tiempos judiciales, lo relevante y lo irrelevante, lo que fragmenta, parcializa y simplifica el conocimiento, despejando pensamiento de datismo e información sensacionalista.

Si no parece ser posible pedirle a la complejidad un método que sea una receta con prescripciones rígidas a seguir, "existen los principios elementales de todo conocimiento científico: no seleccionar arbitrariamente lo real, verificar lo más posible, etc.. Pero más allá interviene el sujeto reflexivo, autocrítico, autocorrector".⁷⁹ Todo ello no está muy lejano de las apelaciones de Lucien Febvre, "negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas, concentrar en haces sobre un mismo tema la luz de varias ciencias heterogéneas: ésa es la tarea primordial, la más urgente y la más fecunda de las que se imponen a una historia que se impacienta ante fronteras y los compartimientos estancos".⁸⁰ Aunque la historia positivista aferrada como método excluyente a la utilización del documento y con una teoría del conocimiento de origen empirista, hizo un dogma de fe de la objetividad y la neutralidad,⁸¹ es cierto que el historiador también construye, elabora, y lo hace a partir de su tiempo y de su lugar, desde los problemas e interrogantes que le plantean la sociedad en la que esta inmerso.⁸² En suma, si la actitud crítica ha de mantenerse, en el "hipersebrado territorio" de la contemporaneidad, también cabe apelar al recurso vital de la toma de conciencia constante de la relación observador-fenómeno, es decir, la autocrítica permanente.⁸³

⁷⁸ Edgar Montiel, "El Nuevo Orden simbólico", en *Ciudadanos. Revista de Crítica Política y Respuesta*, Año 2, Nro. 5, Buenos Aires, otoño de 2002, pág. 139.

⁷⁹ Edgar Morin, *Ciencia con conciencia*, cit..., pág. 341.

⁸⁰ Lucien Febvre, *Combates por la historia* (Barcelona, Ariel, 1992), pág. 30.

⁸¹ José Antonio Ereño Altuña, "El oficio de historiador y el presente", *Debates por una historia viva*, Universidad de Deusto, 1990, pág. 14. Como advierte el historiador uruguayo Gerardo Caetano, tampoco los documentos nos dan la certeza de una "versión transparente, sin opacidades ni mediaciones, de lo sucedido", en *El País*, Montevideo, 19 de abril de 1998.

⁸² Ver Maurice Aymard, "Historia y prospectiva", *Prohistoria*, Año III, N° 3, Rosario, primavera de 1999, pág. 35.

⁸³ Edgar Morin, *Sociología*, cit..., pág. 75.

7. El mundo en el tiempo presente

El reto de la complejidad se intensifica en el mundo contemporáneo porque nos hallamos viviendo en una época de mundialización, que Morin llama planetaria –ya nominada en forma semejante por Teilhard de Chardin. Esto comporta que todos los problemas fundamentales que se plantean en un marco –el europeo o el del Atlántico Norte– sobrepasan esos lindes, porque ponen de relieve, a su modo, los problemas mundiales. En el desenvolvimiento de la historia del tiempo presente, condicionada por las características de ese mundo globalizado, existe “un protagonismo absoluto de lo internacional”,⁸⁴ que ha llevado a estados y sociedades a situaciones de indudable incertidumbre, al mundo incierto del que nos habla Immanuel Wallerstein.

Entre lo global y local se produce una permanente retroactuación/diferenciación, de la que difícilmente ningún proceso queda marginado o ignorado. La complejidad de ese mundo nos turba porque no podemos abordarla con métodos reduccionistas, ni alcanzamos a observarla con nitidez a través de la organización de las disciplinas, desbordando nuestros métodos y objetos cognitivos. En este mundo, la multiplicidad de cambios en todos los campos cercan al hombre con fuertes sensaciones de desconcierto y el abrumador peso de una información global que difícilmente puede procesar.⁸⁵ En las sociedades en que vivimos en la actualidad, la evolución es acelerada, con una complejidad tal que va acompañada de no pocas inestabilidades y desórdenes. Pero a la vez, se trata de estructuras evolutivas afortunadas en cuanto son capaces de cambiar, y por tanto, un presente de crisis, “no es el puerto de arribo final”.⁸⁶ No obstante el carácter incierto y ambiguo de las crisis hace que su superación no sea segura, pudiendo ser regresiva o progresiva, de allí que resulte necesario estudiar en concreto la propia complejidad de cada crisis, para elegir las condiciones de acción y las estrategias factibles. En ese sentido, aunque centrado más en lo transicional de los fenómenos mundiales que estamos atravesando, Wallerstein reivindica y reclama el rol del intelectual para aportar claridad “en medio de la vorágine de los acontecimientos”.⁸⁷

La perspectiva epistemológica que estamos transitando propone dismantelar una ilusión muy ingenua: creer que bastaría con despejar el campo del conocimiento social-político de los mitos y de las ideologías para acceder al conocimiento “verdadero” o ciencia. Repara que la sociedad considerada

⁸⁴ Montserrat Huguet Santos, “Historia del Tiempo Presente e Historia de las Relaciones internacionales”, *Ayer*, 42, Madrid, 2001, pág. 54.

⁸⁵ Angel M. Soto Gamboa, ... *cit.*..., pág. 57.

⁸⁶ Eric Hobsbawm, *Entrevista sobre el siglo XXI* (Madrid, Crítica, 2000), pág. 20.

⁸⁷ Immanuel Wallerstein, *Un mundo incierto* (Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2002), pág. 90.

desde el punto de vista de sus regularidades es simple porque así se la ve; pero se vuelve compleja desde el momento en que una racionalidad polémica se impone, donde los hechos no se suponen divisibles, susceptibles de ser reducidos a elementos simples -a merced de un análisis/descomposición-, sino por el contrario, la misma naturaleza constitutiva del tejido social, visto por una racionalidad que quiere aprehenderlo, lo comprende como un sistema auto-organizativo, considerado en su inscripción espacio-tiempo. En este sentido, en la visión compleja, cuando se llega por vías empírico-rationales a contradicciones no significa un error sino el hallazgo de una capa profunda de la realidad que, justamente porque es insondable, no puede ser traducida a nuestra lógica.

Los teóricos de la historia del tiempo presente oscilan entre rechazar la posibilidad de situarla cronológicamente como ubicarla dentro de una frontera móvil que fluctúa entre las experiencias vitales de una generación, la fugacidad del instante y la inespecificidad de lo actual.⁸⁸ Ello conduce a la ya mencionada discusión en torno a la denominación y periodización de esta parcela de la historia, que en ocasiones puede tener anclajes fuertes en lo fundado de esta perspectiva, pero que otras veces no va más allá de una cuestión semántica. Si solo se tratara de una convención o medición con fines de conveniencia organizativa, pedagógica o periodística, carecería de entidad plantear un enfrentamiento. No obstante adoptar el término "historia del tiempo presente" incluye tres elementos fuertes.

La Historia no da la espalda al mundo actual, ni es un catálogo nominativo, gimnasia conceptual de lo meramente erudito retrospectivo -en el sentido de lo que verdaderamente pasó. Es ciencia del presente, y una de las ciencias humanas que mejor puede ayudarnos a comprender el presente en función del pasado y a "vislumbrar" -apenas- a éste en función de aquél. Esta íntima conexión no se detiene en lo inmediato acaecido, sino que es capaz de coadyuvar para entender un ayer que late y palpita alrededor y quizás dentro nuestro.

Al mismo tiempo, una historia centrada en el presente, que va más allá de lo inmediato, apela a los cambios y rupturas para superar "las recetas", "las certezas inmovilizadoras" que obstaculizan y originan cegueras hacia el futuro mediato. Aunque los espejos en los que el hombre se ve a lo largo de la historia han ido cambiando, ello no quiere decir que dentro de cada espacio mental nuevo se hayan perdido todas las referencias anteriores.⁸⁹ Mientras Luypen ha dicho que "en toda presencia yace una retención ahora-presente

⁸⁸ Cfr. Julio Arostegui, "Ver bien la propia época...", *cit....*; Amelia Galetti, "Análisis histórico del presente...", *cit....*; Angel M. Soto Gamboa, "Historia del tiempo presente, *cit....*; Carlos Barros, "El retorno de la historia", *cit....*

⁸⁹ Emilio Roger, *Humanismo y responsabilidad....cit....*

de una presencia anterior”,⁹⁰ Ortega y Gasset afirmaba, “ante nosotros están las diversas posibilidades de ser, pero a nuestra espalda está lo que hemos sido”.⁹¹ En palabras de Morin, “la experiencia del presente retroactúa sobre la historia”.⁹²

La concepción del tiempo, en el viraje conceptual de la complejidad, se aparta de la imagen lineal para introducirse en remolinos donde el tiempo es a la vez el flujo irreversible y la forma torbellinesca, “el tiempo irreversible y desintegrador [...] se transforma en y por el bucle en tiempo de recomenzamiento, de la regeneración, de la reorganización, de la reintegración”.⁹³ La imagen del movimiento en espiral conduce a un tiempo espiralado, un buclaje organizacional, caracterizado por la unidad de este tiempo uno y doble, asociado y disociado, irreversible y circular. Este tiempo nos lleva a encontrar en la apertura del futuro la presencia de un pasado, el mismo abierto y aleatorio que ofrece sus facultades al compromiso de los hombres en la Historia. Es la concepción de un tiempo frágil porque es el tiempo de la vida que necesita regenerarse y en constante retroalimentación con el entorno: “sin parar, el azar, los eventos, los accidentes acuchillan los hilos del tiempo cíclico, rompen el devenir del tiempo del desarrollo; unos irrecuperables, entrañan la desintegración mortal; otros, al contrario, estimulan una evolución”.⁹⁴ A ese tiempo no basta con redescubrirlo, sino que nos enfrenta a una demanda de responsabilidad ética, “cuando menos, somos capaces de hacer que el peso de nuestra historia no nos resulte una carga inexorable”.⁹⁵ En un universo en el que el mañana no está contenido determinísticamente en el hoy, el tiempo tiene que hacerse, de allí nuestra responsabilidad en la construcción del futuro.⁹⁶ El tiempo cobra nuevo significado ante una ciencia que no sólo habla de leyes, de ciclos, de períodos, “sino también de sucesos, que no esta condenada a negar la emergencia de lo nuevo, y por consiguiente de su propia actividad creadora”.⁹⁷

8. La historia del tiempo presente en América Latina y en la Argentina

La riqueza vivencial, la conciencia de la diversidad y la multidimensionalidad, las interacciones y retroacciones que conllevan los tiempos presen-

⁹⁰ William Luypen, *Fenomenología existencial* (Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1967), pág. 296.

⁹¹ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema* (Madrid, El Arquero, 1975), pág. 54.

⁹² Edgar Morin “Introducción”, *Unir los conocimientos, cit....*, pág. 292.

⁹³ Edgar Morin, *El Método. La naturaleza de la naturaleza, cit....*

⁹⁴ I. Prigogine, *¿Tan solo una ilusión?* (Barcelona, Tusquets, 1993), pág. 63.

⁹⁵ Angel Soto Gamboa, *cit....*, pág. 84.

⁹⁶ I. Prigogine, *Las leyes del caos* (Barcelona, Crítica, 1997), pág. 8-9.

tes enfrentan a los seres humanos y a las naciones a la difícil tarea de interactuar con los distintos planos que propone la trama de la realidad, siendo a la vez un objeto intelectual de ardua aprehensión. Desde América Latina se advierte la progresiva dificultad del científico social para captar la creciente complejidad de lo real con su bagaje de herramientas cognoscitivas.⁹⁸ Aquí, los problemas de la vida actual se dan en condiciones de obstáculos que exigen también abordajes no simples, capaces de ser proporcionados por la Historia, aunque esta nos ofrezca fluctuaciones, interacciones de múltiples variables e imprevisibilidades. "tomar en cuenta la complejidad del pasado obliga a insistir en los efectos no lineales de los procesos lineales, en los márgenes de probabilidad y de irreversibilidad que acompañan a los flujos históricos".⁹⁹ De otro modo habría un anacronismo entre la complejidad de los problemas y la simplicidad y desmemoria que quisiera darse a sus soluciones. América Latina puede aprender de la Historia, no hallando en ella tanto una norma de lo que puede hacer, como las advertencias de lo que no debería hacerse, renunciando siempre a partir de sí misma pero sin la negación de su contexto internacional.

América Latina parece aún discutir cómo escribir esa historia reciente: sucediendo a momentos donde la memoria histórica quedó suspendida, impidiéndose la discusión de ideas y de formas políticas tanto en ámbitos públicos como privados, las formas democráticas de los últimos años le han permitido intentar dialógicas culturales —disentir, discutir, confrontar ideas. Tal encuentro de ideas antagónicas crea siempre una zona turbulenta que puede producir una brecha en el determinismo cultural y dar lugar a la presencia, en ocasiones, de nuevas estructuras organizativas superadoras que sólo existen por la manifestación y la tensión de las diferencias, de los antagonismos y el debilitamiento de las intolerancias y los dogmatismos.

Si se opta por adoptar criterios de periodización que partan de acontecimientos perturbadores, de hechos vinculados a grandes convulsiones políticas que afectan pueblos y naciones,¹⁰⁰ cabe preguntarse si las fronteras de la historia del tiempo presente emergen en todos los escenarios producto de los mismos reactivos, si se puede situar su arranque tras la Segunda Guerra Mundial, cuando los mundos cerrados cedieron y todo pasó a funcionar en términos de sistema, potencialmente conmovible ante los mismos estímulos, o si los espacios regionales, como América Latina, pueden considerarse diferenciadamente, más susceptibles a las estelas que han dejado expresiones endó-

⁹⁸ Ver Martín Hopenhayn, *Ni apocalípticos ni integrados* (Santiago, FCE, 1994).

⁹⁹ Serge Gruzinski, "Acontecimiento, bifurcación, accidente y casualidad ... Visiones sobre la historia a partir de las periferias del Occidente", en *Unir los conocimientos, cit....*, pág. 322

¹⁰⁰ Abdón Mateos, *Historia, Memoria, Tiempo Presente, cit....*

genas, procesos subcontinentales autóctonos o adaptaciones de fenómenos exógenos.¹⁰¹ No hay una respuesta unívoca, partiendo del criterio de entender a América Latina como una macro-región caracterizada por la unidad de un conjunto vinculado y vinculante, pero no menos por la diversidad de ese mismo todo.¹⁰² Tampoco el descender o restringirnos a áreas cuya proximidad geográfica las ubica dentro de un mismo espacio nos promete ventajas decisivas a la hora de caracterizar un tiempo presente historizable, pues la validez y el impacto de ciertos fenómenos difiere en intensidad de país en país. Es pues un problema, para ser pensado en el marco de los principios organizadores de la complejidad.

Analistas e historiadores del hemisferio norte, no sin su cuota de justificación y de utilidad docente, se han inclinado por adoptar criterios que se centran tanto en fechas puntuales cuanto en procesos comunes. Las propuestas van, entonces desde el aludido año de 1945 al de la revolución cubana de 1959, o el surgimiento de nuevas características interamericanas al fin de la guerra fría, en 1989, hasta la consideración de las transiciones de regímenes militares a civiles, las nuevas cuestiones compartidas como el libre comercio, el narcotráfico y las migraciones. Los criterios, por otro lado, se validan en relación a diversos aspectos filosóficos e ideológicos, y asimismo se problematizan por “la naturaleza de hito que pueden tener ciertos hechos, al no tratarse de un solo corte que atravesase de manera uniforme toda la sociedad”.¹⁰³

En el Cono Sur, la coincidencia de las emergencias de gobiernos autoritarios en los '70, inducen a centrar en torno a esos años el inicio de su presente histórico,¹⁰⁴ aún cuando únicamente comprensible en la consideración de las múltiples causales internas y externas a la región que explican la tragedia vivida. Desde el retorno a la democracia en los '80 los investigadores, paulatinamente y bajo múltiples formas, comenzaron a incursionar en el pasado reciente, centrándose en esos años dictatoriales, que aparecen con la contundencia que en otros escenarios adquirieron los límites cronológicos de las guerras.

¹⁰¹ Joan del Alcàzar Garrido, “Las nuevas fuentes documentales en el estudio de la Historia presente de América Latina”, [en línea – consulta 16 de septiembre de 2002], en www.hispanianova.rediris.es/general/11.htm.

¹⁰² Edmundo A. Heredia, *Espacios Regionales y Etnicidad* (Córdoba, Alción Editora, 1999), pág. 31-2.

¹⁰³ Irma Antognazzi, “Argentina de los 60 a los 80: buscando criterios de periodización”, en Irma Antognazzi-Rosa Ferrer (comp.), *Argentina. Raíces históricas del presente* (Rosario, Grupo de Trabajo “Hacer la historia”, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes-UNR, 1997), pág. 27.

¹⁰⁴ Ver Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2002).

En la Argentina la posibilidad de estudiar, investigar y explicar ese presente histórico se inició en momentos que dicho conocimiento no era materia de los planes y programas de estudio ni tema de investigación científica, abordándose sólo desde los medios de comunicación cuestiones relativas a la violación de los derechos humanos durante la dictadura militar de 1976-83. Precedidos por la labor de intelectuales que se desempeñaron como periodistas, tales como Gregorio Selser que comenzó a publicar sus investigaciones desde 1955 -a la par que trabajaba en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, acompañando y testimoniando, por ejemplo, los movimientos guerrilleros de exiliados paraguayos que a la caída de Perón en la Argentina, procuraron sin éxito derrocar al gobierno del gral. Alfredo Stroessner en Paraguay-; Rodolfo Walsh, que a partir de comentarios sobre las ejecuciones de José León Suárez, recrearía aquellos sucesos de la revolución pro-peronista de junio de 1956, publicando *Operación Masacre*, y que de las investigaciones realizadas en 1958 sobre el asesinato del abogado del diario *La Razón*, escribiría *Caso Satanowsky*; Osvaldo Bayer, que basándose en los relatos de los sobrevivientes de los fusilamientos de la Patagonia ocurridos a principios de la década de 1920 y de otra documentación, escribió *Los vengadores de la Patagonia trágica*, muchos periodistas, llamados por algunos como los historiadores del instante, atrapados por las demandas de una sociedad que ha pedido y pide saber más, se convirtieron en cultores del pasado más próximo. Aunque no faltan las críticas a esas reconstrucciones,¹⁰⁵ debiera hacerse hincapié en el valor del relato de la persona que garantiza su veracidad, porque ha sido partícipe de los hechos que narra, porque fue protagonista u “observador-participante”. Ejerciendo el periodismo desde muy diferentes posiciones ideológicas, con disímil formación profesional y analizando la realidad desde diversas miradas, Rogelio García Lupo, Ricardo Kirshbaum, Eduardo van der Kooy, Oscar Cardoso, Tomás Eloy Martínez, Horacio Verbitsky, Miguel Bonasso, María Seoane, Bernardo Neustadt, Mariano Grondona, Rosendo Fraga, Carlos Turolo, y otros, han intentado relatar hechos a partir de la experiencia, del protagonismo, de la investigación y de la observación. Podrá discutirse la provisionalidad de tal tarea, pero lo que es indudable es que, dentro de cincuenta años, los testigos ya no van a tener la oportunidad de dar su testimonio y los observadores de plasmar sus opiniones. Y los historiadores entonces tendrán que apelar a los textos de aquellos que hoy decidieron registrarlos.

Desde mediados de los ochenta y a lo largo de la década del noventa, tesis de licenciatura y doctorado no rehuyeron a que en instituciones universi-

¹⁰⁵ Osvaldo Tcherkaski, “Bonasso o la práctica del ocultismo político”, *Clarín*, Buenos Aires, 8 de junio de 1997.

tarias argentinas y extranjeras el enfoque post 1955 fuera tema de riguroso estudio, análisis e interpretación, abriéndose espacio para la publicación de dichas investigaciones en numerosas revistas académicas y de alta difusión. Menos espacio se ha dedicado a trabajar sobre la fundamentación teórica y metodológica de la historia reciente, aunque intentos promisorios han sido llevados adelante por grupos de trabajo de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, abocándose a la difusión de la producción sobre dicha parcela historiográfica, mientras el intenso intercambio de profesores y publicaciones ha ido difundiendo terminologías, problematizaciones y pertinencias.

Muchos de esos investigadores e historiadores apelaron a la historia oral y a las entrevistas para componer sus trabajos. Aún reconociendo que los significados emergentes en el presente, conjuntamente con los de los setenta y los ochenta, se mezclan en relatos oficiales, partidarios y militantes y en evocaciones personales,¹⁰⁶ los autores no renuncian a involucrarse con el período que reconstruyen: "nadie me había preparado para la mezcla de alegría e inmenso dolor, de esperanza y de frustración de tantos y tantos seres humanos. Al mismo tiempo tenía que lidiar con mi propia historia y con los estados de ánimo que esto generaba".¹⁰⁷ Con métodos parecidos, historiadores extranjeros como Richard Gillespie y Daniel James, respectivamente, compusieron una historia de Montoneros, *Soldados de Perón*, a partir de testimonios, la mayoría anónimos, y de diarios, revistas y documentos clandestinos, y trazaron su historia del *Peronismo, resistencia e integración* y *El 17 de octubre en Berisso y Ensenada*, siendo sus fuentes, partícipes y testigos de los acontecimientos. Dentro de la Academia Nacional de la Historia, Isidoro Ruiz Moreno se atrevió con momentos especialmente sensibles de la historia reciente de la Argentina: la guerra de Malvinas (*Comandos en Acción. El ejército en Malvinas*, Buenos Aires, Emecé, 1986) y la génesis conspirativa y el golpe militar que en 1955 derrocó a Juan Perón (*La revolución del 55. Tomos I y II*, Buenos Aires, Emecé, 1994). En ambos casos, según el mismo autor lo reconoce, la principal y más valiosa fuente de informaciones a las que recurrió para redactar los libros fueron las de los protagonistas y artífices de los sucesos.

Los trabajos que llevan adelante los investigadores del área de Historia del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas se caracteri-

¹⁰⁶ Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976* (Buenos Aires, Eudeba, 2000), pág. 10-1.

¹⁰⁷ Pablo Pozzi, "Por las sendas argentinas..." *El PRT-ERP. La guerrilla marxista* (Buenos Aires, Eudeba, 2001), pág. 10.

zan por la preeminencia de tiempos más lejanos sobre el interés por las últimas décadas de historia argentina.¹⁰⁸ En tal actitud, puede haber una trama de impedimentos que responden por un lado a una toma de distancia frente a procesos históricos en los que aún se percibe la ligazón con los poderes del estado, remiso a que se investigue y se conozca la historia de las generaciones vivas,¹⁰⁹ generando asimismo mecanismos de auto-censura y/o auto-excusación, y por el otro a dificultades documentales ciertas, de acceso a papeles oficiales y a testimonios orales o entrevistas a testigos, de escasez de medios materiales (subsidios, ayudas de investigación) para construir esas fuentes.

Existe una cierta lentitud en acometer la explicación y la interpretación extensiva de la época, sin las cuales ni aquellos controvertidos años, ni ninguna época, se comprenden cabalmente. Las sociedades nacionales parecen haber descubierto una realidad que se figuraban desconocer, "al hacerse público un secreto siniestro, el saber que comenzó a circular parece, al mismo tiempo, excesivo y escaso. En el límite, una utopía impulsa las investigaciones conocer todo".¹¹⁰ Ante esto, el pensamiento complejo no se nos se muestra con una pretensión totalitaria: si bien "no podemos conocer todo", en la parte también está el todo. Partimos de la constatación de que la realidad nos desborda, y que el conocimiento del presente es frágil y es incompleto, pero como toda organización compleja, a la vez que tiene su singularidad contiene la presencia de casi toda la sociedad y la historia de la que forma parte.¹¹¹ Precisamente por ello la complejidad no es la utopía del conocimiento de la totalidad acabada, sino la posibilidad de negociar con el mundo asumiendo la trama compleja del todo-parte que permiten los principios complejos, en un

¹⁰⁸ Pablo Mendelewich, "Secretos para siempre", *Clarín*, Buenos Aires, 8 de junio de 1997.

¹⁰⁹ No descartándose incluso, para todos los investigadores, los peligros legales que se alcanzan: ver los casos de las acciones judiciales seguidas en contra de los historiadores Raúl Dargoltz —que en 1994 publicara *El santiagueño. Crónica de una pueblada argentina*— y Eduardo Kimel —autor del libro *La masacre de San Patricio* editado por Lohlé-Lumen en 1996 que revela la trama del asesinato de cinco religiosos de la comunidad católica parolotina ocurrida en Buenos Aires el 4 de julio de 1976 por un grupo de tareas.

¹¹⁰ Beatriz Sarlo, *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno Argentina, 2001), pág. 44.

¹¹¹ Ponemos en juego aquí el principio hologramático según el cual cada parte contiene prácticamente el todo de la información del objeto representado. Gérard Pinson, citado por Edgar Morin, *El Método. El conocimiento del conocimiento*, cit., en página 112, refiriéndose a la fotografía, ha dicho que cada punto del objeto hologramado "memoriza" el todo o casi el todo; en tal sentido la parte podría ser más o menos apta para regenerar el todo. Por ejemplo la célula (parte del tejido) contiene el todo: la información genética y cada uno de nosotros como individuos llevamos la presencia de la sociedad de la que formamos parte.

nivel en el que la simplificación no tiene sentido. La historia del tiempo presente admite diferentes relatos y narraciones, que mantienen la incitación a sumar variantes y viabilidades de explicación y comprensión. El objetivo no es alcanzar un confuso acuerdo unificador, sino abrirse a la multiplicidad de miradas y a la tensión que ellas engendran, a la complejidad de dicha realidad histórica, y desde este lugar, atender a una dialógica cultural que es donde aparecería, quizás, la mayor riqueza para el historiador y para la Historia.

La sucesión de hechos y de acontecimientos políticos singulares vividos en los setenta se nos presentan con su demanda de estudio, análisis y recreación, aunque también los momentos de incertidumbre que nos plantean las crisis, constituyen escenarios abordables con perspectiva histórica. Si al decir de Arostegui, la propia expresión de “presente como historia” resulta el producto de tiempos de honda crisis,¹¹² la Argentina, en no disímil medida que el resto de América Latina, pero tal vez sí con abundancia de reflexión de hondo y amplio calado, puede como nación hablar de ese presente de crisis: una sucesión de pulsiones de calmas y sacudones extremos parecen dominar el panorama de la generación viva de sus ciudadanos, instalando incluso la convicción de que se trata de un “país permanentemente en crisis”.¹¹³ Esos traumas acumulativos han instalado, fronteras adentro, la convicción de que se asisten a inminentes peligros de disgregación: las reacciones no faltan, pero un debate transformador, que permita la dialógica cultural de los antagonismos, no se corporiza aún, como proyecto compartido de la sociedad.

Hay una discusión que metodológicamente gusta comparar la gravedad del descalabro con anteriores crisis vernáculas y con las de otros países: con la de 1890, con la de 1930, con todas y cada una de las que siguieron a la década de 1950, con la de 1989;¹¹⁴ la nuestra con la de Estados Unidos de principios de los treinta, con la de España previa a la guerra civil, con la de la Alemania de Weimar, y tantas más. También con la introspección sobre las causas de la crisis, señalando que en el país no hay clase social alguna capaz

¹¹² Julio Arostegui, “Ver bien la propia época ...”, *cit.*..., pág. 35.

¹¹³ Carlos Ulanovsky, *Seamos felices mientras estemos aquí. Crónicas de exilio* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001), pág. 19.

¹¹⁴ Ver, solo a modo de muestra, los “tratados” de crisis, que periodistas y analistas han entregado coetáneamente con el desarrollo de los acontecimientos: “Memorias del descarriamiento. En tren de crisis”, *Clarín*, Buenos Aires, 16 de diciembre de 2001; “La Argentina, un laboratorio de crisis. Alumnos de la universidad de Maryland llegaron a Buenos Aires para intentar comprender las razones de sucesivos fracasos”, *La Nación*, Buenos Aires, 10 de marzo de 2002; Entrevista a Natalio Botana, “Crisis de larga duración. Tenemos una

de disciplinar a las otras y de imponer un modelo económico coherente,¹¹⁵ del peso inerte de una sociedad atravesada por un conjunto de voces diferenciadas sin capacidad hegemónica, que en vez de dialogar, polémica pero constructivamente, hacen que predomine un pluralismo negativo,¹¹⁶ la disputa irresuelta por medio siglo del enigma del peronismo,¹¹⁷ la carencia actual de referencias modélicas u organizacionales capaces de encauzar demandas con suficiente fortaleza como para vertebrar protestas y aspiraciones,¹¹⁸ el misterio de una Argentina que es a la vez un laboratorio de problemas y un enigma difícil de entender,¹¹⁹ la débil y baja calidad del análisis de la realidad, a

democracia sin estado y sin moneda", en *Clarín*. Buenos Aires, 28 de abril de 2002; **Thomas Mc Larty III**, "La crisis argentina puede contagiar a la región", en *Clarín*, Buenos Aires, 31 de mayo de 2002. Tampoco se han privado de dar su opinión investigadores e historiadores: "Entrevista a Nicolás Shumway, 'Preocupa que se dude de la democracia'", en *La Nación*, Buenos Aires, 19 de mayo de 2002; "Pensar la crisis", *Revista de Cultura*, 2002, n. 72; **Ricardo Sidicaro**, *La crisis del estado y los actores políticos y socioeconómicos en la Argentina (1989-2001)* (Buenos Aires, Libros del Rojas, 2002); **Alejandro Rozitchner**, *Argentina impotencia. De la producción de crisis a la producción de país* (Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2002); **Julio Godio**, *Argentina. En la crisis está la solución* (Buenos Aires, Editorial Biblos, 2002); "Crisis ¿qué soluciones?", en *Realidad Económica*, n.º 185, Buenos Aires; **Pedro Orgambide**, *Diario de la crisis* (Buenos Aires, Ensayo Aguilar, 2002); **Daniel Cecchini** y **Jorge Zicolillo**, *Los nuevos conquistadores. El papel del gobierno y las empresas españolas en el expolio de la Argentina* (2002, Foca); **Horacio Vázquez-Rial**, *El enigma argentino (descifrado para españoles)* (2002, Zeta); **Carlos Gaveta**, *La debacle de Argentina. Una Argentina que muere y otra que bosteza* (2002, Icaria-Antrazyt); **Julio Sevares**, *¿Por qué cayó la Argentina?* (Buenos Aires, Editorial Norma, 2002); **Mario Rapoport**, *Tiempo de crisis, vientos de cambio* (Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2002); **Martín Kovensky**, *Limbo. Argentina 2002. Un relato en imágenes* (Buenos Aires, FCE, 2002); **Rafael Olarra Jiménez-Luis García Martínez**, *El derrumbe argentino. De la convertibilidad al "corralito"* (Buenos Aires, Planeta, 2002).

¹¹⁵ Entrevista a **Juan José Sebrelli**, en *Clarín*, Buenos Aires, 23 de diciembre de 2001.

¹¹⁶ Entrevista a **Oscar Terán**, "Los gritos sordos del 'pluralismo negativo'", en *Clarín*, Buenos Aires, 18 de agosto de 2002.

¹¹⁷ **Beatriz Sarlo**, *Tiempo presente, cit....*, pág. 125 y *passim*.

¹¹⁸ **Alcira Argumedo**, "La restauración conservadora y el colapso argentino", en *Ciudadanos*, Año 2, N.º 5, Buenos Aires, otoño de 2002, pág. 75.

¹¹⁹ Entrevista a **Diana Quatrocchi-Woisson**, "Debates argentinos a la orilla del Sena", en *Clarín*, Buenos Aires, 28 de abril de 2002.

pesar del nivel de su educación y del de su sofisticada clase intelectual,¹²⁰ el enorme talento autodestructivo de los argentinos.¹²¹

Cabría advertir que hablar de crisis es diferente a hablar de problema. Por crisis se hace referencia a una situación, proceso, fenómeno, que no puede ser resuelto con los recursos disponibles sino que requiere de la creación de algo nuevo. Una crisis es un salto, un cambio abrupto, “es un momento indeciso y decisivo a la vez”.¹²² Esto no ocurre cuando se habla de problema, porque para su resolución se puede recurrir a una reorganización de los recursos o capacidades existentes. Una crisis suele provocar un quiebre en un curso de acción, lo que constituye una buena oportunidad para aprender de los errores, redefinir y repensar cómo se debe actuar. Sin duda, transitar la crisis constituye una oportunidad para generar nuevos recursos, rescatar competencias no utilizadas y aprender prácticas vinculadas a nuevos valores.¹²³

9. Conclusión

Pensar en complejo la historia del tiempo presente es concebir desafíos. Es una historia que tiene sus peculiaridades pero no es tan distinta de otras, aunque tal vez sea más difícil de “vigilar”. Implica ser partícipe y protagonista, significa investigar utilizando metodologías más abiertas centradas en la observación fenomenográfica¹²⁴ y participante, no priorizando pruebas, medidas y experimentos, en una actitud asociada a un diseño de etnografía y/o de investigación en la acción o participativa. El cambio epistemológico del pensamiento complejo alude a ciertas exigencias: reparar en la autonomía-dependencia entre el objeto, el sujeto y el entorno, considerar al sistema auto-organizacional, respetar la multidimensionalidad y la trans/interdisciplinariedad, trabajar y dialogar con la incertidumbre, superar -no negar- la simplificación, cuestionar la visión determinista.

El camino transitado, “caminante no hay camino se hace camino al andar”, posibilita pensar la historia del tiempo presente optando por el desafío de lo crístico, lo incierto, lo tumultuoso, concibiendo a la realidad en su dificultad sistémica-organizacional para ser explicada/comprendida/resignifica-

¹²⁰ Entrevista a Lawrence Whitehead, en *BBC Mundo*, 21 de diciembre de 2001, [en línea - consulta 22 de diciembre de 2001], en www.news.bbco.uk/hi/spanish/latin_america/new_sid.

¹²¹ Entrevista a Guillermo O'Donnell, en *Revista 3 Puntos*, Año 6, n° 277, Buenos Aires, 17 de octubre de 2002.

¹²² Edgar Morin, *Sociología, cit....*, pág. 160.

¹²³ Ricardo Piñeyro Prins, “La crisis frente a la crisis”, *La Nación*, Buenos Aires, noviembre 2002.¹²⁴ Edgar Morin, *Sociología, cit....*, pág. 194.

da, abriéndose a un gran número de probabilidades de interpretación y transformación. Requiere admitir nuevos puntos de vista complementarios, retroactivos, recursivos, y dialógicos; análisis y comprensiones con criterios y razones diferentes a los impuestos por el paradigma de la simplicidad, introduciendo un cierto grado de incertidumbre y un papel protagónico del sujeto que permitan un estado de "alerta intelectual" para avanzar en la construcción teórica,¹²⁵ donde surge inevitablemente, la mirada epistemológica que entiende la importancia del presente en la reconstrucción del pasado.

¹²⁵ Mabel del Valle Caula, "Ver la historia desde la complejidad", [en *Ífnea* – consulta 7 de octubre de 2002], en www.revistalote.com.ar/nro/r1048.htm.